

García Lorca, infancia y duende por la Vega

Juan de Dios Villanueva Roa, Universidad de Granada

Granada

Federico recogió en su obra los lugares y sentires en los que había crecido, desde los entornos familiares, las influencias, materna y de quienes en su casa trabajaban, e interactuó con ellos a lo largo de toda su vida. El poeta fue una mezcla de campo y ciudad, y buscó en el mundo el amparo que con frecuencia pudo faltarle entre sus paisanos, cosa muy frecuente en esta Granada que lo vio nacer y crecer, pues es más fácil ser reconocido fuera que aquí mismo. De hecho, fue esa Granada ramplona y envidiosa, esa Granada caciquil, con una burguesía amarrada a sus prejuicios, a la tierra, aislante de un futuro que la desarrollase la que condujo a Federico a su final, la que ocultó su huella todo lo que pudo, la que aún actúa buscando más las apariencias que las consecuencias de sus hechos, hechos que con frecuencia se amparan en poderes imponderables que circulan por sus calles. Sin duda, la historia de la ciudad, sus edificios, su aire eterno aventajan en demasía a sus gobernantes en la sombra. Figuras como Federico, en cualquier otra parte del mundo, habrían sido protegidas, intocables, de hecho, fueron otras partes del mundo las que encumbraron a Federico: Argentina, Nueva York, La Habana. Aquí aún no sabemos siquiera dónde se encuentran sus restos; aquí, todavía, las instituciones, algunas dirigidas por los herederos de esa rancia casta, fueron capaces de frenar un espacio como el Centro Lorca durante años, amparándose en cuestiones absurdas, cuestiones que ralentizaron el desarrollo de esta ciudad desde que los libros plúmbeos la defenestraron de su empuje allá en el siglo XVI, trasladando a la Corte todos los elementos que un día hicieron de Granada capital del mundo, dejando sin concluir parte de su historia, y ahí está Federico, en proceso de creación. El Centro Lorca pudo por fin abrir sus puertas en julio de 2015.

Pero dejemos el presente, y acudamos a recorrer una parte de la vida de nuestro autor a través de algunas personas y espacios fundamentales en su devenir, de sus propios textos, de los recuerdos de su infancia, una infancia que fue la que todo niño debiera tener, en la naturaleza, en el campo, en el pueblo, en un pueblo pequeño, donde todos se conocían, donde cada cual sabía quién era cada cual, donde los niños vivían en la calle, donde cada uno establecía su estrategia para construirse su propio espacio. Allí estaba Federico, alimentando su espíritu con las historias que los jornaleros contaban, con las canciones que las mujeres cantaban, entre la tierra y el cielo, como el aire que alimentaba

la esencia de la naturaleza, del labriego, de los hechos reales que acontecían, y siguen aconteciendo, el devenir del día a día de las gentes entre las que aquel niño estaba llenando la alacena de su conocimiento, de un espíritu que siempre acudió a su infancia en los momentos cumbres de creación. Federico, aquel niño que se mantuvo siempre fiel a las gentes rurales, con su música, con su magia, con sus juegos de palabras que hacían reír y llorar, recogiendo en su obra a los gitanos como símbolos (posteriormente mimetizados en los negros de Nueva York), a la autoridad como elemento al servicio del poder, del rico, del cacique; al dolor de la sangre de los hijos derramada, al río y a la alameda, a la luna y a las lágrimas del amor, a la repulsión, al rechazo del débil y del diferente.

Él mismo nos decía:

Yo creo que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de los perseguidos. Del gitano, del negro, del judío..., del morisco, que todos llevamos dentro. Granada huele a misterio, a cosa que no puede ser y, sin embargo, es. Que no existe, pero influye.

O como Vicente Aleixandre (1986: 27-28) describió:

A Federico se le ha comparado con un niño, se le puede comparar con un ángel, con un agua, con una roca; en sus más tremendos momentos era impetuoso, clamoroso, mágico como una selva. Cada cual le ha visto de una manera. Los que le amamos y convivimos con él le vimos siempre el mismo, único y sin embargo cambiante, variable como la misma Naturaleza... Yo le he visto en las noches más altas, de pronto, asomado a unas barandas misteriosas, cuando la luna correspondía con él y le plateaba su rostro; y he sentido que sus brazos se apoyaban en el aire, pero que sus pies se hundían en el tiempo, en los siglos, en la raíz remota de la tierra hispánica, hasta no sé dónde, en busca de la sabiduría profunda que llameaba en sus ojos, que quemaba en sus labios, que encandecía su ceño de inspirado... En Federico, que pasaba mágicamente por la vida al parecer sin apoyarse... se veía sobre todo al poderoso encantador, disipador de tristezas, hechicero de la alegría, conjurador del gozo de la vida, dueño de las sombras, a las que él desterraba con su presencia.

El mismo Federico nos cuenta sobre su infancia en el pueblo:

La escuela era un gran salón con ventanas de un lado y con muchos bancos. En las paredes había colgados grandes carteles conteniendo máximas morales y

religiosas. Al fondo estaba la tarima con la mesa donde se sentaba el maestro con su gorro bordado y su palmeta. La clase la presidían un Cristo de yeso sobre dosel morado y dos carteles con las letanías que se dicen al entrar y salir de la escuela... El maestro era alto, encorvado y tenía unas barbas tan pobladas que ponían el alma en suspenso cuando nos miraba de frente. Su voz era grave y potente, pero sus ojos eran dulces y expresivos... Era hosco por naturaleza, y le gustaba pegar en las manos con su palmeta. Estaba casi baldado y se movía con dificultad... Los niños le decían Tío Camuñas, pero le tenían miedo a la dichosa palmeta y le respetaban.

Todos los niños del pueblo eran muy amigos míos, y como mi casa es grandota y tenía amplias cámaras se venían conmigo a jugar los días que no había escuela... A todos ellos les daba mucha vergüenza mi madre y cuando entraban corrían a esconderse en la escalera para que no los viese. Muchos iban cubiertos de harapos y éstos eran los más nobles y dulces... Había uno, sobre todo, que apodaban “el Morito” por lo negro de su piel, que era bondadoso y apacible en extremo. No hablaba sino cuando le preguntaban y se prestaba gustoso a ponerse de burro y dejaba que le pusiéramos un bocado viejo que ha servido a un caballo de mi abuelo... En sus ojos tenía una dulzura profunda y siempre reía amable, aun a los que le ofendían... pero era fuerte y valiente, eso sí.

LOS NIÑOS

¿Por qué te vas tan lejos
de la plazuela?

YO

¡Voy en busca de magos
y de princesas!

LOS NIÑOS

¿Quién te enseñó el camino
de los poetas?

YO

La fuente y el arroyo
de la canción añeja.

LOS NIÑOS

¿Te vas lejos, muy lejos
del mar y de la tierra?

YO

Se ha llenado de luces
mi corazón de seda,
de campanas perdidas,
de lirios y de abejas.

Naturaleza y misterio

“En el patio de mi casa había unos chopos. Una tarde se me ocurrió que los chopos cantaban. El viento, al pasar por entre sus ramas, producía un ruido variado en tonos, que a mí se me antojó musical. Y yo solía pasarme las horas acompañando con mi voz la canción de los chopos. Otro día me detuve asombrado. Alguien pronunciaba mi nombre, separando las sílabas como si deletrear: Fe...de...ri...co... Miré a todos lados y no vi a nadie. Sin embargo, en mis oídos seguía chicharreando mi nombre. Después de escuchar largo rato, encontré la razón. Eran las ramas de un chopo viejo que, al rozarse entre ellas, producían un ruido monótono, quejumbroso, que a mí me pareció mi nombre.”

“De vuelta al pueblo pasábamos por una atalaya moruna en la cual colocaban los habitantes de las cercanías un lagarto gigantesco que se comía crudas a las mujeres pero que respetaba a los hombres y que muchas noches lo vieron salir del cementerio con pedazos de cadáver en la boca... Yo no quería pasar por la atalaya y tan sólo su proximidad ponía espanto en mi corazón, pero los niños decían: —¡A la atalaya, vamos a la atalaya!, y por no ser menos que ellos marchaba dando los mismos gritos y con un miedo y acordándome de mi madre. Al llegar a la puerta atroz de la atalaya del tiempo de los moros nos deteníamos y ninguno se atrevía a pasar... Era verdaderamente miedoso y horrible su interior.”

“Que por cierto era muy miedoso, y cuando llegaba a mi casa, que no tenía más que cruzar la calle, se quedaba en la puerta sin querer pasar. —Pero pasa, Federico, lucero, pasa, le decíamos, y contestaba, aún sin levantar un palmo del suelo: —No, no voy a pasar, porque le temo mucho al peligro. Lo que nos reíamos de sus cosas. El ‘peligro’ era el escaloncillo que hay a la entrada de las casas de pueblo.”

Normas sociales y su poder

“Mi sitio era en el segundo banco al lado de dos muchachos muy pobres pero limpios. Los dos eran grandes amigos míos, y todos los días les llevaba terrones de azúcar o granos de café que les gustaban mucho... Ellos a cambio de esto me traían frutas verdes que en casa no me dejaban comer y me hacían tarricos con remolachas y faroles calados de estrellas y cometas con los melones que quitaban en las huertas... Algunas veces les daba bombones y pastillas de chocolate y entonces ellos me hacían palomas que volaban solas y me traían topes de terciopelo que cazaban en las choperas. Pepe y Carlos, que así se llamaban, eran mis eternos guardianes y los que me defendían en los momentos de mayor apuro... Al lado estaba la escuela de niñas y muchas veces cuando en la clase reinaba el silencio por estar todos escribiendo se oía cantar a las niñas con voces muy suaves y finas y entonces toda la habitación se llenaba de cuchicheos y de risitas mal reprimidas... Carlos, que era ya muy mayor, se acercaba a mi oído y me decía: –Mira que si pusieran a todas las niñas desnudas y nosotros todos desnudos... ¿te gustaría, Quico?. Y yo, tembloroso y aturdido, decía: –Sí, sí que me gustaría mucho...”

“Mi amiguita rubia no ha mucho que la vi... y casi rompí a llorar, porque en sus ojos hay ya la expresión de su madre y caminaba con dos niños, uno mamando y otro descalzo cogido de su mano. ¡Ay mi amiguita rubia! Tú serás como tu madre. Tus hijas serán como tú. Y cuando pienso esto, caigo en un caos espiritual.”

La huella del maestro de Lorca

Antonio Rodríguez Espinosa nació en Gabia la Grande en 1876, un municipio granadino a escasos cinco kilómetros de la capital. Hijo de los zapateros del pueblo, su destino habría sido remendar las alpargatas, botas y demás calzado de los peones que trabajaban para los terratenientes de la zona. No obstante, su lucidez y curiosidad lo llevaron a leer y buscar su autoformación, siendo alumno de magisterio de la Universidad de Granada. Cuando el franquismo se hizo con los dominios de España, infinidad de maestros republicanos fueron depurados, y Rodríguez Espinosa estuvo entre ellos. Pero desde su anonimato, la historia le tenía guardado un lugar que aún no ha sido suficientemente reconocido. Todos los maestros tienen cientos de discípulos a lo largo de su vida profesional. Y ahí está la clave de este maestro de pueblo, hijo de zapateros, haber tenido a Federico García Lorca bajo su doctrina, siendo persona fundamental en la vida del poeta tanto dentro como fuera de la escuela.



Federico García Lorca y su maestro Antonio Rodríguez Espinosa

Fuente Vaqueros lo acogió como maestro en 1895, y allí encontró como maestra a Doña Vicenta Lorca Moreno, madre de Federico, entablando una buena amistad con la familia, hasta el punto de que llegó a apadrinar a Federico en su bautismo. Como todos los maestros de la enseñanza pública, Don Antonio fue trasladado en varias ocasiones a lo largo de su carrera, y en 1903 fue destinado a Almería. En 1906 la familia García Lorca decide enviar a Federico a que su maestro le ayude a preparar el examen de ingreso en el bachiller. Y allí se dirigió el niño, con apenas 8 años. Y en Almería, Federico tomó sus primeras clases de solfeo, encontró la poesía (su maestro era poeta y organizaba tertulias literarias en su casa). Don Antonio se codeaba con Villaespesa, era amigo de Don Antonio Machado, leía a los modernistas, inculcando en el joven influencias que aparecerían en su primer poemario, *Impresiones y paisajes*. El teatro y el cine entró en la vida de Federico, ya que Almería contaba con magníficos 3 teatros y 2 salas de cine. Esto le hizo enamorarse del mundo de los escenarios, tanto en directo como los proyectados en la gran pantalla.



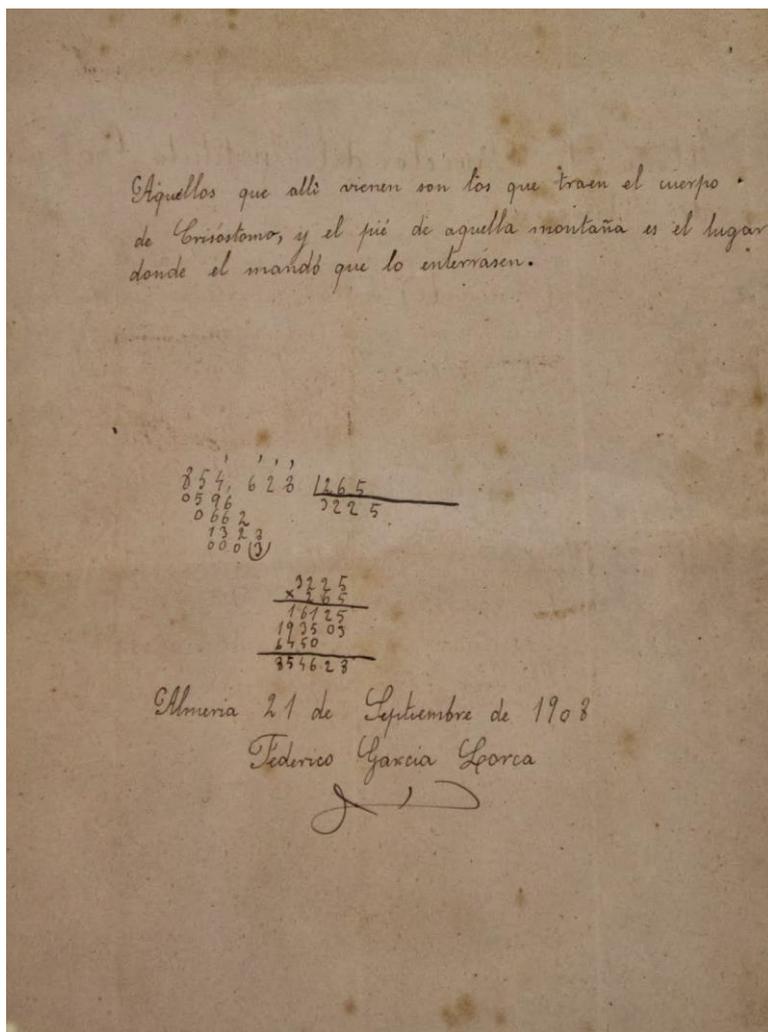
Excmo. Sr. Director del Instituto General y Técnico
Almería.

Federico García Lorca, natural de Fuente Vaquero
(Granada) vecino de Almería y de diez años de
edad, con la consideración y respeto debido a
V.S. expone: Que desea ser admitido a examen
de ingreso en los que se han de verificar en el
próximo septiembre en ese Establecimiento de
digna dirección, para el estudio del Bachillerato, por lo cual
suplica se digno admitirlo, previo pago de los derechos correspondientes.

Dios guarde a V.S. muchos años
Almería 28 de agosto de 1908
Federico García
Lorca

Solicitud para el examen de ingreso en el Instituto General y Técnico de Almería. Archivo Histórico Provincial de Almería

El 21 de septiembre de 1908, Lorca se examinó de ingreso de Bachillerato, consiguiendo su aprobado al superar un dictado del Quijote y una cuenta de dividir. En este instituto también estudiaron Francisco Villaespesa y Agustín Gómez de Arcos, siendo profesora Celia Viñas, documentación toda ella recogida en el Archivo Histórico Provincial de Almería, junto al que vivía el maestro Rodríguez Espinosa. Una vez aprobado el examen de ingreso, su padre hubo de acudir a por el niño, ya que una complicación con una inflamación de un flemón, que se le extendió a un ojo, le hizo perder un curso, y sus progenitores decidieron que regresase a Granada en 1909.



Examen de ingreso de Federico García Lorca. Archivo Histórico Provincial de Almería

El maestro Don Antonio acabó unos años después en Madrid, en la escuela de niños de la calle Fortea, número 6, y su casa sería el lugar donde la familia de García Lorca encontraría el espacio donde confiar los menesteres más urgentes del joven poeta. Federico acudía a ver a su maestro cada vez que necesitaba algo, cada vez que quería encontrar a lo más parecido a un familiar en Madrid (lo llamaba ‘tito’ o ‘maestro’). De hecho, Doña Vicenta enviaba dinero a su madre a través de su amigo Don Antonio. Federico era un joven que necesitaba que le administraran el dinero, para tranquilidad de sus padres, y su maestro fue la persona encargada de hacerlo. Cuando García Lorca, años más tarde, decidió regresar a su Granada ante el cariz de los acontecimientos, en julio del 36, acudió a casa de su maestro a que le diese el dinero, doscientas pesetas, para comprar el billete de tren: “-Va a haber tormenta y me voy a casa; allí estaré a cubierto del rayo”.

Tras la muerte de Federico, su padre encargó al maestro que pusiese a buen recaudo los objetos de valor que el poeta guardaba en su casa madrileña.

A continuación, presentamos algunos extractos de la correspondencia mantenida entre la madre del poeta y Federico, recogida de la publicación Víctor Fernández (Editor). Prólogo de Lluís Pasqual. Barcelona, RBA. (2008), bajo el título *Cartas de Vicenta Lorca a su hijo Federico*

CARTAS DE VICENTA LORCA A SU HIJO FEDERICO –fragmentos–:
1920. “Que te cuides y engordes que D. Antonio nos dice que estás más delgado”.

1921. Enero. “Yo creía que estarías esperando ver a D. Antonio y su familia para darle a tu padre algunas noticias de ellos que tanto le agradan, lo mismo que a todos, pero nada: tú no has nacido más que para hacer lo que a ti te agrada y trepe el que trepe”.

1921. Mayo. “Después de tu carta hemos tenido otra de D. Antonio en la que nos dice que te había visto y que estás muy grueso y muy bien. No puedes figurarte lo que nos alegramos, no sólo de que tú estés bueno sino también de que tú seas cariñoso y fino con él siempre”.

1921. Junio. “Que no te vengas sin despedirte de D. Antonio”.

1926. Junio. “Por lo que tú más quieras, que no te vengas sin ver a D^a Mercedes y a D. Antonio. ¿Lo sabes?”.

1936. Septiembre. El maestro publica un artículo desgarrador, en la prensa de Madrid, tras la muerte del poeta, titulado “Sobre el monstruoso asesinato de Federico García Lorca. ¡Qué infamia!”, escrito bajo una fuerte emoción: “¿Sabéis qué habéis hecho, tigres carniceros, fusilando a Federico? Pues habéis perdido moralmente la batalla; la sangre generosa de la víctima os ahogará, porque cien generaciones maldecirán vuestro nombre...” (El Liberal, 11 de septiembre de 1936).

Este maestro krausista, auténtico humanista, articulista, poeta, miembro de la Institución Libre de Enseñanza, fue una de las personas que más influyeron en Federico, pues las influencias que se siembran en la niñez son las que perduran toda la vida, enriqueciendo

el imaginario del poeta al colocarlo en las fuentes de las artes en los momentos en los que su espíritu comenzaba a despertar en su paso de la niñez a la adolescencia. Además, fue en cierto modo quien lo acompañó en momentos cruciales a lo largo de su corta existencia. Es curioso y digno de resaltar que, llegada la hora de su asesinato, fuese otro maestro quien lo acompañara en sus últimos momentos. Al fin, Federico, hijo de maestra, tuvo en su vida la presencia de los docentes, y su influencia tanto artística como humana. Presencia que aún no ha sido analizada con la suficiente profundidad por parte de los investigadores, si bien el poeta y estudioso Fidel Villar Ribot dedicó meses a esta relación entre el poeta y su maestro, y en el año 2012 organizó en Gambia un ciclo bajo el título “Memoria Dedicada”, en el que se desarrollaron diversas actividades, ponencias, música y arte para rendir homenaje al “gran desconocido” Antonio Rodríguez Espinosa, maestro y mentor de Federico, como recogió en su día el diario *Granada Hoy*.

Amo la tierra

“Amo la tierra. Me siento ligado a ella en todas mis emociones. Mis más lejanos recuerdos de niño tienen sabor a tierra.”

“... Porque en toda la Vega de Granada, y no es pasión, no hay otro pueblo más hermoso, ni más rico, ni con más capacidad emotiva que este pueblecito. Y es que los habitantes de este pueblo tienen sentimientos artísticos nativos bien palpables en las personas que han nacido en él. Sentimiento artístico y sentido de la alegría que es tanto como decir sentido de la vida.”

*Los chopos niños recitan
la cartilla. Es el maestro
un chopo antiguo que mueve
tranquilo sus brazos viejos.*

La familia se trasladó a vivir a Granada. Federico había tenido hasta ese momento la infancia que todos los niños del mundo deberían tener: campo, naturaleza, fantasía, duende, misterio, juegos, escuela... Podemos asegurar que allí llenó el escritor las alforjas de su creatividad, allí creció la luz de la luna que lo acompañaría el resto de su corta vida. La música había sido la piel que envolvería sus sentidos, como a toda su familia, música que se va desgranando en su obra, que lo acompaña en su vida, con cantantes y divas de

su tiempo (la Argentinista), con uno de los mayores compositores del siglo XX (Falla), con los cantes más enraizados de Andalucía (Certamen del Cante Jondo), como parte intrínseca de su teatro, de sus propias escenografías. Música también escuchada de los campesinos mientras trabajaban en las faenas del campo y mientras las mujeres lavaban las ropas en el río, música y letras que él mismo trasladó al papel y fueron immortalizadas, reuniéndolas desde la tradición oral., como reunió y llevó a escena las costumbres de aquella sociedad en la que cada cual jugaba su papel, escrito incluso desde el propio nacimiento:

YERMA

YERMA

Mi marido es otra cosa. Me lo dio mi padre y yo lo acepté. Con alegría. Esta es la pura verdad. Pues el primer día que me puse novia con él ya pensé... en los hijos... Y me miraba en sus ojos. Sí, pero era para verme muy chica, muy manejable, como si yo misma fuera hija mía.

VIEJA 1ª

Todo lo contrario que yo. Quizá por eso no hayas parido a tiempo. Los hombres tienen que gustar, muchacha. Han de deshacernos las trenzas y darnos de beber agua en su misma boca. Así corre el mundo.

YERMA

El tuyo; que el mío, no. Yo pienso muchas cosas, muchas, y estoy segura que las cosas que pienso las ha de realizar mi hijo. Yo me entregué a mi marido por él, y me sigo entregando para ver si llega, pero nunca por divertirme”.

Referencias bibliográficas

- Fernández, Víctor (Editor). *Cartas de Vicenta Lorca a su hijo Federico* (2008). Prólogo de Lluís Pasqual. Barcelona, RBA
- Fotografías de examen de ingreso y solicitud de ingreso: Patrimonio documental. Archivo Histórico Provincial de Almería
- García Lorca, Federico: Poesía completa I, II y III. Barcelona: Debolsillo, 2004. Edición y prólogo de Miguel García Posada.

- *Homenaje al poeta Federico García Lorca*. (1986). Edic. Españolas. Comisión Nacional del Cincuentenario. Vicente Aleixandre. Págs. 27 - 28
- Martín, Alba (2014). Antonio Rodríguez Espinosa, el hombre que moldeó a Lorca, en *Granada Hoy*. Recuperado de https://www.granadahoy.com/ocio/Antonio-Rodriguez-Espinosa-hombre-Lorca_0_604739976.html).
- Sáez Martín, Carmen. y Villanueva Roa, Juan de Dios. (1998). Amar a Lorca desde su obra, en *Trabajadores de la Enseñanza FETE-UGT*, págs. 71-77. Madrid
- Valverde, Fernando (2012) La huella del maestro de Lorca, en *El País*. Recuperado de https://elpais.com/ccaa/2012/07/11/andalucia/1342029588_675340.html